

# “Si no voy a tener una vida satisfactoria, prefiero terminar”

Vanessa Pi

María Martín-Pintado, socia de DMD, murió el pasado 4 de febrero, víctima de un cáncer terminal. Defensora del derecho a decidir sobre su propia muerte, luchó hasta el final contra la enfermedad porque quería seguir con su marido y sus hijos. Su estado empeoró hasta tal punto que la sedación paliativa fue la única opción.

Medio año. “Con seis meses, me conformo”. Ese era el plazo que María Martín-Pintado le daba a la muerte. Quería estar presente el día en que sus hijos entraran en el instituto, el próximo curso. “Va a ser un cambio importante para ellos, me necesitan”, argumentaba. En el fondo, sabía que no le quedaba tiempo, su oncóloga le había pronosticado tres semanas de vida. Aún con los ojos amarillentos por la disfunción hepática



María Martín-Pintado, en su casa de las Rozas (Madrid)

que sufría, consecuencia de un cáncer con metástasis diagnosticado dos años atrás en forma de “bultito en el pecho”, María nunca dejó de aferrarse a la vida. Murió el pasado 4 de febrero, a los 52 años, sedada junto a su familia.

María expresó a DMD su voluntad de dejar su testimonio póstumo a través de esta revista. Era su forma de manifestar que aunque defensora del derecho a decidir sobre su propia muerte, ella se aferraba a la vida. Saberse dueña por completo de su propio final le hubiera dado más tranquilidad. Por ello, quería que la eutanasia y el suicidio asistido fueran legales. Quería saberse libre de poder decidir hasta dónde llegar en su progresiva agonía. Le hubiera dado paz. Pero pese a sus firmes reivindicaciones, quiso llegar hasta el final. Quería seguir al lado de los suyos.

Como María, una mayoría de personas considera que la eutanasia debería ser legal en España: un 73%, según la encuesta que hizo el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en 2009. Es una cuestión



## Repaso a una vida

La charla con María tuvo lugar nueve días antes de su muerte. Abrió las puertas de su casa, en Las Rozas (Madrid), para verbalizar y compartir el relato de su vida. Tumbada en el sofá, con su larga y espesa melena castaña apenas salpicada de canas, María dejó fluir sus sentimientos, sus recuerdos, su pensar y su sentir, entre bocanadas de humo de un cigarrillo, café con leche y tarta de chocolate. Estaba cómoda, relajada, acompañada por los dos hombres a los que más quería, su marido, Pete, y su mejor amigo, Chemo.

“Lo estoy pasando mal físicamente, por la falta de fuerzas, porque sé que no las voy a recuperar. Pero psicológicamente no lo estoy pasando tan mal porque creo que aún no soy consciente de mi situación”

Era un miércoles soleado, de un enero primaveral. María ya estaba muy débil. Hablaba con un hilillo de voz y perdía el hilo de sus palabras con facilidad. Andaba a pasitos lentos y cada movimiento le causaba “devaneos”. Llevaba semanas sin salir de casa. Las secuelas del cáncer que la consumía eran muy evidentes. “Mira qué tripa se me ha puesto”, se quejaba. Menuda “desde siempre”, en los últimos meses había adelgazado en exceso. “Si es que se me han quedado unas piernecitas...”. Bromeaba sobre ella misma, coqueta, sabiéndose en su ocaso, aún atractiva.

Hacía 15 días que había salido del hospital. Podía soportar los dolores, pero sentía “punzadas agudas” en el estómago. El cáncer en el hígado le había provocado una insuficiencia hepática. Como consecuencia, tenía el abdomen muy hinchado por la acumulación de líquidos (ascitis). En dos ocasiones le habían tenido que practicar una paracentesis, un procedimiento que consiste en extraer esos líquidos pinchando el abdomen y aspirándolos.

“Lo estoy pasando mal físicamente, por la falta de fuerzas, porque sé que no las voy a recuperar. Pero psicológicamente no lo estoy pasando tan mal porque creo que aún no soy consciente de mi situación”, explicaba serena. Pete no dejaba de observarla con la cabeza gacha. Tenía que irse a la academia de inglés donde imparte clases, pero cada día le resultaba más difícil alejarse de su mujer. Al problema familiar se sumaron, en esas últimas semanas, los problemas

de libertad. La realidad es que aún ilegal y penada en España, la inmensa mayoría de las personas no llegan a plantearse seriamente esta posibilidad. Si bien no existen datos estadísticos que lo respalden –la muerte sigue siendo un tabú social– así lo demuestra la experiencia de DMD en el seguimiento de los casos que asesora. La inmensa mayoría de socios y socias de DMD, las personas, quieren vivir. Pero temen el dolor, la incertidumbre, la vida alienada, la muerte indigna.

Este patrón de comportamiento se repite en los países donde el suicidio asistido o la eutanasia son legales. Son varios los casos que incluso han saltado a la prensa en que personas que llevaban mucho tiempo reclamando activamente la eutanasia se han echado atrás poco después de que en sus países se les reconociera el derecho a poder aplicársela. Una vez supieron que llegado el momento podrían morir cuando y como quisieran, contaban con la suficiente tranquilidad para poder seguir viviendo, postergando la decisión.

de conciliación. Pete llevaba meses ocupándose de la casa, de su mujer, de sus dos hijos, gemelos de 11 años. Estaba determinado a pedir una baja laboral.

“Sé que estoy muy mal, pero de momento, no tengo miedo, ya me dará”, se sinceraba María. Tener registrado el testamento vital le daba tranquilidad, aunque relativa: “Bueno, sí temo que me pase algo y nadie sepa que lo tengo registrado. Quiero estar segura de que el médico que me atienda cuando llegue el momento, en una emergencia, sepa que he dejado escritas mis voluntades anticipadas”. La posibilidad de que, de necesitarse, no se aplicara su testamento vital era remota. María era socia de DMD y como tal contaba con el apoyo de sus médicos. Además, la asociación tenía una copia de su documento, que, como ofrece a todos sus socios, hubiera presentado si su representante, en este caso su marido, no lo hubiera tenido a mano o bien no se hubiera encontrado el original en el registro autonómico, ambas posibilidades prácticamente imposibles.

### **Socio-activista comprometida**

Aunque muy débil ya, María mantenía la vivacidad de su medio siglo de biografía. Aún no había cumplido los treinta años cuando se mudó a un estudio que le había dejado un amigo, pintor como ella, en el bohemio barrio parisino de Montmartre. María se recordaba jugando al ajedrez, tocando la guitarra y yendo al Musée d'Orsay y al Louvre a ejercer su mayor pasión, la pintura. Cuando regresó a España, hizo su primera exposición. Pero necesitaba más mundo y se fue a vivir a Inglaterra.

En Guilford vivió “la mejor etapa” de su vida. María recordaba sus cuadros, el placer de los paisajes, de las personas a las que conoció; sus conquistas, los hombres a los que quiso, los hombres que la quisieron, los que la cortejaron. Hasta que conoció a Pete. “Me ha cuidado como nadie”, sonreía.

“Quiero estar segura de que el médico que me atienda cuando llegue el momento, en una emergencia, sepa que he dejado escritas mis voluntades anticipadas”

La enfermedad no había conseguido marchitar unos ojos expresivos, inquietos. Siempre fue “una mujer atlética”. Hasta que la enfermedad se lo imposibilitó, María se había volcado activamente en la asociación. Hablaba un inglés fluido y participó en el grupo de Internacional de la Asociación, formado por socio-acti-

vistas con el fin de reunir información sobre la situación de la eutanasia y los derechos al final de la vida en todo el mundo. En aquel último encuentro distendido con DMD quiso lanzar un mensaje de cariño a sus compañeras de grupo: “No he podido colaborar todo lo que quería, las quiero”. Aunque no se acababa de resignar a tirar la toalla: “Espérate a ver que no vaya yo todavía un día de estos por la oficina”. Y sonreía.

“Yo prefiero la muerte que quedarme en una silla de ruedas o quedarme como estoy ahora de forma indefinida”

María intentaba reafirmarse. “Para qué tener miedo”, repetía. Aun así reconocía temer al dolor, aunque decía aguantarlo, “de momento”. Lo tenía muy claro. “Yo prefiero la muerte que quedarme en una silla de ruedas o quedarme como estoy ahora de forma indefinida, eso no va con mi personalidad. Si no voy a tener una vida satisfactoria, prefiero terminar”, razonaba. El cáncer fue tan agresivo que no le quedó opción a tener que reclamar acabar con su sufrimiento. Ni siquiera hubiera hecho falta leerse su testamento vital. La metástasis se la fue comiendo, hasta que mantenerla en vida hubiera sido un encarnizamiento terapéutico, una mala praxis médica.

### **Muerte dormida**

María falleció en su casa, sedada. Ya no había otra opción. La situación se agravaba. Dos o tres días antes de su muerte, la médica de paliativos ya le había dicho a Pete que la situación era insostenible, desde todos los puntos de vista. Había que tomar una decisión. O María ingresaba en un hospital o buscaban a un cuidador, ya que Pete estaba muy agotado y la médico había percibido que no iba a poder aguantar todo el proceso. La situación se precipitó en cuestión de horas. Un día antes del fallecimiento, la doctora manifestó a Pete y a la propia María que había llegado la hora, procedía sedarla. Fue entonces cuando la pareja llamó a DMD. Así lo había manifestado ella con anterioridad. “Si me tienen que sedar, quiero que sea un amigo, no un médico extraño”, había repetido aquella tarde soleada en su casa.

María quería dejar su muerte atada. Los detalles. En el fondo sabía que, por el proceso que estaba viviendo, lo más seguro era que tuvieran que sedarla y quería planearlo en la medida de lo posible. Las dudas la desvelaban. ¿Cuándo moriré? ¿Moriré dormida? ¿Estaré consciente hasta el final? ¿Qué harán con mi cuerpo, llegará al depósito de la facultad de medicina, donde lo he donado para que investiguen?



María conversa con el médico de DMD Fernando Marín

Una de las cuestiones más importantes para ella era plantearse si sus hijos la acompañarían en el momento de su adiós. “¿Si es entre semana, qué hago, que no vayan al cole? Lo tengo que pensar...”. Una semana antes de su muerte, María todavía no había hablado abiertamente de su enfermedad y su muerte próxima con ellos. Pero era consciente de que quizás no hacía falta. “Se dan cuenta de todo. Sienten que me agobian y se quieren ir a casa de su tía. Están notando el final, que algo ha cambiado, son muchos meses así, estoy agotada físicamente desde mucho antes del verano”. Y como la pena se apropiaba de su voz, María se intentaba recomponer. “Que mis hijos crezcan como tengan que crecer, sin mí. Hemos disfrutado de mucho tiempo juntos. Me hubiera gustado estar más tiempo con ellos, pero es lo que hay”.

El día que murió María, por la mañana, los niños se fueron tranquilos al colegio. Antes de salir de casa, confirmaron a sus padres que estaban al corriente de todo: “Si se muere mamá, estaremos muy contentos porque se irá con su Buda [María simpatizaba con el budismo] y siempre estará con nosotros”. María estaba en lo cierto. De una forma natural, sus hijos habían ido afrontando la situación hasta que ese día la verbalizaron. Murió a primera hora de la tarde. Su situación se agravó en cuestión de horas. Ya ni siquiera podía prácticamente moverse o hablar. Junto a ella estaba su marido, Pete, y una de sus hermanas.

### Tomar las riendas de la muerte

María no dejó que la enfermedad le quitara las riendas de su vida en el tramo final. Fue consciente de todo el proceso de su enfermedad y lo afrontó con valentía: “Me dan pena las personas que no quieren saber nada. Yo afronto la muerte con toda naturalidad”. “Desde el respeto”, no concebía que haya familias que oculten al enfermo su situación, que ha

“Me dan pena las personas que no quieren saber nada. Yo afronto la muerte con toda naturalidad”

llegado su final. Familias que no hablan de que la muerte acecha, aunque todos lo saben. “Eso me parece una barbaridad, un cinismo. Por eso, tener conciencia y control es tan importante para mí. Por eso es tan importante la lucha de DMD”.

María quiso animar a quienes pasaran por su misma situación. “¡A por ello! Yo no trato de convencer a nadie de nada, que lo vean con sus propios ojos y, sobre todo, que asimilen la enfermedad con sentido común. Les diría que reflexionaran, que la muerte no es un tabú, es parte del proceso de la naturaleza. Tampoco es un túnel blanco, porque nadie ha venido a contarnos lo que es. Respeto a quien piense lo contrario, pero que no se imponga la única visión de la sacralidad de la vida”. Tenía muy claras sus convicciones. “Hay que recapacitar, ver la vida de otra manera. Pero hay gente muy radical, con la influencia de la Iglesia, con muchos intereses económicos detrás”.

La conversación con María finalizó aquella tarde con los lazos emocionales reforzados, con el compromiso de DMD de no abandonarla en su final y con la tranquilidad y la satisfacción de ella de haberle dedicado horas a hablar, sabiéndose escuchada, de cuantos aspectos había querido destacar de su vida. María quería sumar, aportar su granito de arena. “Creo que la gente está falta de información genuina. Están muy perdidos todos, van dormidos, no quieren ver la realidad”. ■